
PRESENTACIÓN

Francisco Cuervo-Arango

Queridos amigos: aquí tenéis el sexto de los *Cuadernos de la Diáspora*. Sabéis que quienes elaboramos estos Cuadernos carecemos de toda responsabilidad en el cristianismo institucional. Es una suerte. No sólo no nos quejamos de ello sino que consideramos esa “irresponsabilidad” como un lugar de libertad que nos permite vivir buscando por nuestra propia cuenta y riesgo. Y, cuando proponemos algo, como estos textos que hemos seleccionado, es únicamente porque nos gustan, porque los consideramos pequeñas joyas de gran valor, auténticos tesoros encontrados en el campo humano... Y, una vez descubiertos, ¿cómo no comunicarlos, como aquella mujer de la parábola de Lucas que, cuando encontró la moneda, llamó a todos sus vecinos y conocidos para hacerlos partícipes de su alegría?

Aunque os parezca que estoy haciendo un preámbulo, la verdad es que ya estoy presentando el primero de los textos que van a continuación. Pues, si esa afirmación —un tanto provocativa— de la irresponsabilidad como una suerte y como un lugar de libertad os interesa, leed atentamente *“La vida espiritual del adulto, en la Iglesia de hoy”*. Se trata de una charla que dio Légaut a sus amigos en agosto del 58. Charla fresca, que se va haciendo conforme se va diciendo, y aunque, según dice, empieza sin inspiración, veréis que es muy interesante. También se podría haber titulado: “Cuando la vida espiritual se hace adulta”.

Poco a poco, se plantea en ese texto una cuestión de fondo: Una Sociedad religiosa, visible, ¿puede ser tolerante? ¿Puede perpetuarse sin intolerancia? La respuesta a esta “cuestión formidable” va a depender de cierta concepción de la Universalidad. ¿Cómo concebimos lo Universal en el ser humano? Légaut plantea este tema en esta primera charla pero no lo desarrolla. Lo lleva

dentro y le va fermentando. Cuatro años más tarde, en agosto del 62, da otra meditación titulada: "*Lo General y lo Universal*". Es el segundo texto que os ofrecemos. El título es un poco abstracto, pero que no os eche para atrás. Entrad en el texto. Id verificándolo poco a poco. Como decían los antiguos, leer y entender implica "entrar en la propia alma" y, allí, "intra se inspiciendo" (mirando dentro de sí), ir entendiendo lo que el texto dice. Y, conforme leemos, verificar nuestro ser solitario, único, inevitable..., procurando no derrapar en las curvas del trayecto, yendo despacio, pegándonos bien al suelo. Veremos qué paisajes y qué perspectivas se nos abren.

Hasta aquí, los dos textos de Légaut. El segundo apartado está compuesto, en esta ocasión, por textos de tres autores. Los hemos ordenados cronológicamente.

El primero es de Dostoiewski y es un "clásico" suyo cuyo centro es "*La leyenda del Gran Inquisidor*". Nos parecía que muchos lectores no lo conocían ni tenían fácil acceso a él. Por eso nos hemos decidido a publicarlo. Me remito a la Presentación que hace de ese texto Domingo Melero.

El segundo es una "*Reflexión cristiana sobre la ancianidad*", de José María Díez Alegría. Encantador. Se vislumbra una ancianidad amplia, serena y bien vivida. Tanto, que apetece entrar en la propia. No es poca cosa entrar en la propia ancianidad con la lámpara encendida y llena de aceite.

El tercer texto es de Mariano Corbí. Su título: "*La religión en el siglo XXI, bajo la presión de Oriente*", pues así ha condensado el encabezamiento inicial, excesivamente largo pero indicativo: "la religión en las condiciones de las nuevas sociedades industriales de Occidente, y bajo la presión de las Tradiciones orientales"¹.

¹Las investigaciones de Mariano Corbí se concretaron por extenso, por primera vez, en la tesis: *Análisis epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas (la necesaria relatividad cultural de los sistemas de valores humanos: mitologías, ideologías, on-*

Su texto hace pensar. Corbí se ha fijado, en primer lugar, en la mediación que ejercen las estructuras sociales sobre el modo de vivenciar la religión. Su punto de partida es distinto al de Lé-gaut. Y, sin embargo, ¿no llega a algunas conclusiones semejantes? Por otra parte, el principal influjo de las tradiciones orientales es mostrar que, en lo esencial, la religión no es unas creencias y después un premio o un castigo eternos sino unos procesos de transformación para comprender, ver y sentir ya, ahora, aquí. Un punto marginal del artículo es el influjo de las tradiciones orientales en lo que respecta a la existencia y perdurabilidad del “yo” o del “alma” (o a su inexistencia e impermanencia). Ese punto puede inquietar a quienes vivimos demasiado “inmersos” en la tradición cristiana habitual. ¿No hemos aceptado frecuentemente, demasiado irreflexivamente y sin problemas, una forma muy poco fina de concebir la inmortalidad de nuestro “yo”? La erosión de nuestras “creencias”, aunque nos resulte inquietante, ¿no es algo necesario para que pierdan su “solidez” y así podamos alcanzar el estado aéreo y sutil propio de la fe?

Por último, entro en el tercer apartado de estos Cuadernos: “Notas, ensayos, fragmentos y comentarios”.

El primero de estos textos, “*Notas a una frase de A. Valensin*”, de Domingo Melero, me parece un texto muy cuidado y muy logrado. Si uno lo lee atentamente, siguiéndole en todos sus pasos, puede llegar a notar el aroma propio de una familia espiritual. ¿A qué aroma me refiero? En el capítulo doce del Cuarto Evangelio, se cuenta el acto de María ungiendo los pies de Jesús con un ungüento de nardo legítimo, de gran valor. Y se dice que la casa se

tologías y formaciones religiosas), Salamanca 1983. Desde entonces, ha publicado diversos libros. Sólo citaremos el más reciente: *Religión sin religión*, Madrid, 1996. De dos autores que tienen gran afinidad con las perspectivas de Corbí, se han publicado recientemente dos libros más, en catalán: Raimón Ribera, *Religió i religions*, Barcelona, 1995, y Teresa Guardans, *El saber marginat (l'altra cara del coneixement)*, Barcelona, 1997.

llenó del aroma del unguento. Es el aroma propio de un acto de amor tan apasionado que resulta irrazonable (como destacan los discípulos). En los paralelos de Mateo y de Marcos, se dice que “dondequiera que se anuncie el Evangelio en todo el Mundo, se hablará de lo que ésta ha hecho, para su memoria”. Es un acto donde el amor, más allá de toda razón, se hace presente con especial belleza e intensidad.

También en esa frase de Valensín que Melero comenta y en la cita final de Dostoiewski que también menciona, se percibe un aroma semejante: aun en el caso “imposible” (para Valensín, pero no para Dostoiewski) de que la verdad y la belleza se disociaran, ambos se deciden claramente por la belleza de la fe (Valensín) o del Cristo (Dostoiewski), más que por la verdad... ¿No es el mismo acto de amor, por muy irrazonable que parezca?

Quiero citar aquí dos frases de un aroma semejante, una del *Cantar de los cantares* (en versión castellana de Juan de la Cruz) y otra de Légaut. La del Cantar dice así: “Encontré al que ama mi alma. Le así, y no le soltaré”. Y la de Légaut: “- Ah! - Que me equivoque y me pierda con Jesús, si él se equivocó y se perdió!”²

Y ya, para acabar, hacer referencia a una carta que envía a los *Cuadernos* uno de sus lectores, Alejandro Muñoz. ¿No os parecería interesante que la correspondencia de los lectores fuera un poco más abundante, como ecos de lo que los Cuadernos suscitan? Ponerse ante una hoja en blanco para plasmar algo que bulle dentro, pero cuyo rostro no está aún del todo claro, y escribirlo para ser publicado, ¿echa un poco para atrás?

Francisco Cuervo-Arango.
C/ Pitágoras, Bl. 3º-5º-Dcha
30011 Murcia
Tel.: 968-25.22.87

² *Meditaciones de un cristiano del siglo XX*, Salamanca, 1989, pág 71.